

se había esculpido, con caracteres jeroglíficos, la historia del rey. Canales, bosquecillos, estatuas y cascadas adornaban aquel delicioso sitio. Entre las estatuas llamaban la atención doce cabezas de reyes y señores, pero sobre todo un busto, imagen del emperador mismo, colocado en la boca de un león de piedra. Un estanque representaba el lago de México, y en su centro se veían tres figuras de mujeres esculpidas en piedra: era el emblema de los tres reinos aliados, México, Texcoco y Tacuba. Abajo del jardín estaba el palacio que habitaba el rey, y comprendía una multitud de habitaciones construidas de toda clase de piedras. ¹

POESIA, MÚSICA, CANTO.

«Los versos de los mexicanos, dice Clavijero, observaban el metro y la cadencia. En los fragmentos que aun existen, hay versos que, en medio de las voces significativas, tienen ciertas interjecciones ó sílabas privadas de significación, que sólo sirven para ajustarse al metro; más quizás este era un abuso de que solo echaban mano los poetastros. Su lenguaje poético era puro, ameno, brillante, figurado y lleno de comparaciones con los objetos más agradables de la naturaleza, como las flores, los árboles, los arroyos, etc. En la poesía, era donde con más frecuencia se servían de las voces compuestas, y solían ser tan largas que con una sola se formaba un verso de los mayores.

«Los argumentos de sus composiciones eran muy variados. Componían himnos en honor de sus dioses, ó para implorar los bienes de que necesitaban, y los cantaban en los templos y en los bailes sacros; por más históricos en que se referían los sucesos de la nación y las acciones gloriosas de sus héroes, y estos se cantaban en los bailes profanos; odas que tenían alguna moralidad, ó documento útil; finalmente, piezas amatorias, ó descriptivas de la caza, ó de algún otro asunto agradable, para cantarlas en los regocijos públicos del séptimo mes. Los compositores eran por lo común los sacerdotes, y enseñaban las poesías á los niños, á fin de que las cantasen cuando llegasen á mayor edad.» ²

¹ *Ixtlilxochilt.* Cap. 42.—*Dávila Padilla.* Historia de la provincia de Santiago.

² *Clavijero.* Tom. 1º, pág. 357. (Londres 1826.)

Todavía nos quedan algunas poesías del célebre Netzahualcoyotl, el cual fundó una academia que á la verdad no creeríamos encontrar en el nuevo mundo, y que llevaba el título de *Tribunal de las ciencias y de la música*. Todo trabajo de astronomía, historia y cualquiera otra ciencia era revisado por aquel cuerpo; había días determinados en que le presidían los tres reyes aliados, y leyéndose á su presencia composiciones históricas y poéticas, distribuían premios entre los autores más aventajados. ¹

Los nobles mexicanos, como los antiguos señores de la edad media, tenían trovadores que componían canciones y cantaban sus hazañas, ² siendo también cosa digna de referirse que los poetas y músicos estaban exentos de pagar tributo. ³

Aun algunos rudimentos del arte dramático encontramos en México. «En el templo de Cholula, dice Acosta, había un patio mediano, donde el día de la fiesta de Quetzacoatl se hacían grandes bailes y regocijos y muy graciosos entremeses, para lo cual había en medio de este patio, un pequeño teatro de 30 piés en cuadro, curiosamente encalado, el cual enramaban y aderezaban para aquel día, con toda la policía posible, cercándole todo de arcos de diversidad de flores y plumería; colgando á trechos muchos pájaros, conejos y otras cosas apetecibles, donde, después de haber comido, se juntaba toda la gente. Salían los representantes y hacían entremeses, haciéndose sordos, arromadizados, cojos, ciegos ó mancos, viniendo á pedir sanidad al ídolo: los sordos respondiendo adefesios; y los arromadizados tosiendo; los cojos cojeando decían sus miserias y quejas, con que hacían reir grandemente al pueblo. Otros salían en nombre de las sabandijas: unos vestidos como escarabajos, y otros como sapos, y otros como lagartijas, etc., y, encontrándose allí, referían sus oficios; y volviendo cada uno por sí, tocaban algunas flautillas, de que gustaban sumamente los oyentes porque eran muy ingeniosas: fingían asimismo muchas mariposas y pájaros de muy diversos colores, sacando vestidos á los muchachos del templo en aquestas formas, los cuales subiéndose en una arboleda, que allí plantaban, los

¹ *Ixtlilxochilt.* Cap. 36.

² *Torquemada,* Lib. 14, cap 11.

³ Carta del obispo Ramírez de Fuenleal en Ternaux. Vol. 16, pág. 218.

sacerdotes del templo les tiraban con cerbatanas, donde había en defensa de los unos, y ofensa de los otros, graciosos dichos, con que entretenían á los circunstantes; lo cual concluido, hacían un mitote ó baile con todos estos personajes, y se concluía la fiesta; y esto acostumbraban hacer en las más principales fiestas.¹

Muy inferiores, respecto á la poesía, eran los mexicanos en la música y el canto; este era monótono y cansado, y aquella se reducía al uso de algunos instrumentos desagradables. Una especie de tambor ó cilindro de madera cubierto con piel de ciervo, el *teponaztli*, todo de madera y que se tocaba con dos palos, cornetas, caracoles y flautillas; he aquí los instrumentos músicos de los aztecas.²

TRAJES.

El traje de los mexicanos era tan sencillo que casi tocaba en la desnudez. Una especie de capa anudada sobre el pecho, una faja ó cintura y sandalias de cuero completaban el traje de los hombres. Gastaban las mujeres camisas sin mangas, una pieza de tela que cubría de la cintura á los tobillos, y en las tierras calientes una especie de velos de redecilla. Tanto los hombres como las mujeres usaban largo el cabello y descubierta la cabeza. Las materias principales de sus vestidos eran algodón y pelo de liebre ó conejo.³

CEREMONIAS EN LOS NACIMIENTOS, MATRIMONIOS Y FUNERALES.

En las costumbres domésticas de aquellos pueblos, se nota una exquisita urbanidad, gozando las mujeres de todas las consideraciones debidas á su sexo: admitidas en la sociedad de los hombres, sólo trabajaban las de la clase pobre en las faenas más suaves, y las ricas pasaban la vida ejercitando las labores de su sexo. En los nacimientos, matrimonios y exequias de los mexicanos, se mezclaban, como en todo, los ritos religiosos.

¹ Acosta, Lib. 5^o, cap. 30.

² Herrera. Déc. 2, lib. 7, cap. 7 y 8.—Cortés, Pág. 87.—Motolinia. Página 24 *et passim*.

³ El Conquistador anónimo, Op. cit., pág. 376 y siguientes.

Aquel pueblo grave y melancólico recibía con tristeza aun aquello que para nosotros es causa de alegría. «Venido eres á padecer, sufre y padece», era la alocución que se dirigía al recién nacido. Cuando nacía un niño, se le daba un baño (que algunos ligeramente han comparado con el sacramento del bautismo), al cual concurrían los parientes y amigos, quienes eran obsequiados con un cordial banquete. El padre preparaba para su hijo una pequeña saeta, y si era hembra, un huso, lo cual se ponía en las manos del recién nacido. Dábanle el nombre del día de su nacimiento, según su calendario, ó el de alguno de sus antepasados, y á los tres meses era llevado al templo para ser ofrecido á los dioses.

Fácilmente se conforma el hombre en los países fríos con el amor de una sola mujer; pero en los climas templados apenas basta el freno de la religión ó de la ley para que el marido no se rodee de concubinas, siendo los germanos por una parte, y los serrallos del Asia por otra, una prueba de este aserto. Obedeciendo los mexicanos á la influencia del clima, usaron la poligamia, asegurándose que Moctezuma llegó á tener ciento cincuenta mujeres embarazadas al mismo tiempo,² y que un solo rey de Texcoco tuvo 150 hijos.³ Sin embargo, una sola mujer era considerada como legítima, y sólo los hijos de ésta heredaban.

A los veinte años podían casarse los jóvenes, pero previa licencia del padre, y después de largas exhortaciones de moral y de bien vivir. Había leyes relativas al matrimonio y divorcio, consagrándose aquél por el sacerdote, quien ataba los vestidos de los novios en señal de la unión que contraían.⁴

En México estaba prohibido el matrimonio entre parientes de primer grado; pero no en la Mixteca donde no había grado prohibido para los casamientos, y sin embargo, aquella gente supersticiosa consideraba como impedimento tener un mismo número en el nombre; v. g., si la mujer se llamaba cuatro rosas y el hombre cuatro flores, no se podían

¹ Motolinia. Pág. 37.—Sahagun. Lib. 6, cap. 37 y 38.

² Gomara. Pág. 344.

³ Torquemada. Lib. 13, cap. 12.

⁴ El Conquistador anónimo. Pág. 397.—Herrera. Déc. 3, lib. 2, cap. 17 y lib. 4, cap. 16.

200

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
fondo. 1825 MONTERREY, MEXICO

casar, siendo preciso que el número del varón sobrepujase al de la hembra.¹

En Yucatán era frecuente el repudio, y como en México, no se casaban los parientes en primer grado. El yerno debía seguir cuatro ó cinco años al suegro, y si no cumplía bien, daba la hija á otro marido.²

Cuando había algún casamiento en Chiapas, juntábanse en cierto lugar el cacique, el sacerdote, los desposados y sus parientes, y los novios referían todos sus pecados, antes de la ceremonia, la cual se reducía á llevarlos cargados á un aposento y dejarlos en el lecho nupcial.³

«Oh hijo mío, ya habéis pasado los trabajos de esta vida, y ha sido servido nuestro Dios de llevaros, porque no tenemos vida permanente en este mundo.» Con estas palabras comenzaba un discurso que se dirigía al cuerpo del difunto, antes de salir de su casa, ponderando la miseria de la vida y lo inevitable de nuestro fin. Después de ese discurso, dirigían otro á los parientes del difunto para consolarlos. «¿Qué podemos oponer nosotros á lo que Dios hace?» decían. Después de esto, algunos hombres dedicados á las ceremonias mortuorias, cubrían el cadáver con pedazos de papel, poníanle entre los vestidos un jarro de agua para el viaje, y le surtían de algunos otros pedazos de papel que habían de librarle de muchos riesgos que se presentaban en el camino del otro mundo, pues había que pasar por en medio de dos sierras que se chocaban una con otra, por un camino donde había una gran serpiente, por un lugar en donde soplaba un fuerte huracán, etc. Quemaban los vestidos, armas y algunos muebles del difunto para que le sirvieran en su eterna mansión, y sacrificaban para que le llevase un *techichi*, cuadrúpedo semejante al perro, pues sobre él era preciso pasar un río, el Aqueronte indiano. Pasando ese río, llegaban las almas ante el Dios del infierno, á quien ofrecían los papeles que conducían, y otros presentes.⁴

En las exequias de los reyes y señores mataban una parte de su servidumbre y aun algunas de sus mujeres, con gran profusión de ritos y ceremonias, siendo las más men-

¹ Herrera. Déc. 3, lib. 3, cap. 13.

² Herrera. Déc. 4, lib. 3, cap. 4.

³ Herrera. Déc. 4, lib. 10, cap. 11.

⁴ Sahagun. Lib. 3, apénd., cap. 1.

tadas y famosas las que se celebraban en las exequias del rey de Michoacán.¹

Diversas oblacones hacían los vivos por los difuntos, especialmente de manjares, y aun dentro de los sepulcros ponían comida y bebida, joyas y muebles. Muchas veces quemaban los cadáveres.²

En Oaxaca hacían los indios sufragios por sus muertos en el mes de Noviembre, les ofrecían viandas para que las viniesen á comer, y después las repartían entre los pobres como cosa sagrada.³

Ceremonias semejantes se usaban en Yucatán, donde los hijos tenían la piadosa costumbre de erigir estatuas en honor de sus padres difuntos, las que eran colocadas entre las imágenes de los dioses.⁴

EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD.

Educábanse los niños en común, dirigidos por los sacerdotes, con la mayor disciplina, sobriedad y rigidez.

Entre los plebeyos, cuando los niños tenían cinco años, los llevaban al templo y allí barrían, limpiaban las habitaciones, traían leña y practicaban otros ejercicios mecánicos. Los hijos de los nobles no se libraban tampoco de faenas corporales, pues hacían zanjas, construían paredes y desempeñaban otros trabajos semejantes, aunque también se les enseñaba á hablar bien, saludar, hacer reverencias y, lo que es más importante, aprendían la astronomía, la historia y demás conocimientos que aquellas gentes alcanzaban.

Los castigos que se daban á los niños indóciles eran crueles: colgábanlos de los pies y echábanles humo en las narices, punzábanles el cuerpo con púas de maguey, azotábanlos con ortiga, daban muerte al que se embriagaba, y eran vendidos como esclavos los incorregibles. ¡No, no era por cierto la pedagogía de Kant la que habían estudiado los mexicanos! y la educación que daban á sus hijos, los enseñaba más á ser sufridos y sobrios, que fuertes, dignos y hábiles.

¹ Torquemada. Lib. 12, cap. 46.

² El Conquistador anónimo. Pág. 398.

³ Burgoa. Parte 2ª cap. 74.

⁴ Herrera. Déc. 4, lib. 10, cap. 4.

Es muy de alabar, por el contrario, que las madres mexicanas criasen siempre á sus hijos por sí mismas, y las mujeres se educaban con tal recogimiento que las niñas nobles salían siempre acompañadas de señoras ancianas.¹ Las mexicanas, dice un religioso, sobre todo las nobles, sobrepujan en pudor y bondad á todas las mujeres del mundo.²

En México no había castas sino clases, aunque lo común era que el hijo siguiese el oficio del padre.³

CONTRASTES QUE PRESENTA LA CIVILIZACIÓN MEXICANA.

Con lo que hemos dicho acerca de la civilización de los antiguos mexicanos, podrá conocer el lector á primera vista que esa civilización presenta contrastes chocantes, contradicciones manifiestas. Una religión bárbara y cruel, al lado de una moral pura y generosa; el sabeísmo, primer culto en que se extraviaron los hombres, junto á una mitología complicada y una larga serie de dioses, indicios de una civilización ya decrepita; las sencillas ofrendas del hombre primitivo, mezcladas con los sacrificios humanos, último exceso de la superstición; la adelantada forma republicana de los tlaxcaltecas, y la tiranía en otras naciones; leyes crueles en esta vida, y un infierno benigno en la otra; el derecho de gentes ejercido para declarar la guerra, y quebrantado después por el fanatismo religioso con la inmolación del prisionero; conocimientos adelantados en ciencias tan elevadas como la astronomía, y ni aun rudimentos de otras más vulgares; el canibalismo y el infanticidio, en medio de algunas costumbres suaves y aun tiernas.

El autor que mejor ha discurrido sobre la civilización mexicana, el elegante Prescott, parece atribuir esos contrastes, unas veces al clima, otras á la mezcla de diferentes razas. La primera explicación hubiera sido muy del gusto del ilustre Montesquieu que tanto exageró ese sistema; pero á nosotros nos parece fútil y desmentida por los hechos. El clima puede ejercer su influjo en ciertos casos, en ciertas instituciones; pero no en todo. Yace el hombre en

¹ Sahagun. Lib. 3, Apénd.—Torquemada. Lib. 9.

² Carta del P. Bolonia en Ternaux. Tom. 10, pág. 210.

³ Torquemada. Loc. cit.

los países cálidos, tendido en una hamaca engañando las horas del día, porque el calor laxa y debilita sus miembros, y se procura con el movimiento de su flexible lecho un poco de viento que le refresque: el hombre en los países fríos moriría en la quietud, trabaja, pues, para entrar en calor y para que su sangre circule. ¿Pero qué tiene que ver el clima con instituciones cuya raíz se halla en el corazón humano, ora lata entre los hielos del polo, ora en las abrasadas regiones de los trópicos? ¿Cómo explicar, por ejemplo por medio del clima de México los sacrificios humanos? Apenas pudiera comprenderse semejante costumbre allá en las pálidas regiones del Norte, en medio de los hielos y á la luz mortecina de la aurora boreal.

Respecto á la mezcla de razas diferentes, no veo en nuestra historia hechos suficientes para explicar ese contraste, pues la civilización tolteca, que heredaron los mexicanos, ya traía consigo los sacrificios humanos, como lo atestiguan nuestros más fidedignos autores.¹

Busquemos, pues, en una idea más elevada, más general, el contraste de la civilización mexicana, y digamos que consiste en la imperfección del espíritu manifestada en todas las épocas y en todos los países. El espíritu humano no se desenvuelve sino muy lentamente, la verdad no se descubre á la primera ojeada, y, cuántas veces después de grandes esfuerzos y en medio del más profundo desaliento exclamamos con el legislador persa:² «¡La verdad no es una planta de la tierra!» La civilización es un fruto tardío, que no se recoge sino después de largos afanes y copiosos sudores, y de aquí es que todas las naciones antiguas presentan, sobre poco más ó menos, contrastes notables como la mexicana.

En Babilonia todas las mujeres estaban obligadas á prostituirse una vez en el templo de Mylita, y sin embargo, las esposas eran castísimas, y había un tribunal para castigar el adulterio. Los caldeos, tan adelantados en la astronomía, la hacían servir para sus imposturas y para adivinar el porvenir por el aspecto de las constelaciones. Según las leyes de Manú, la mujer ha de ser muy respetada, y quiere que

¹ Véanse las notas á Prescott por el Sr. D. J. Fernando Ramírez, (México, 1845.)

² Zoroastro.

se le llame señora ó buena hermana; pero el que no tenía hijos de su esposa, debía hacerla fecundar por uno de sus hermanos, con circunstancias repugnantes. Moisés fué instruido en toda la *sabiduría* de los egipcios, según la expresión de la Biblia,¹ y ese pueblo adoraba los árboles, los animales, el Nilo, y algunas constelaciones.

*¡O sanctas gentes quibus hæc nascuntur in hortis
Numina!*²

Los fenicios arrojaban sus propios hijos al fuego en honor de Baal, y los cartagineses sacrificaban también sus hijos en honor de Saturno; y ese bárbaro uso de sacrificar víctimas humanas fué, como dice el conde de Maistre, admitido en todo el universo.³

Los griegos, esa nación tan culta, idólatra de lo bello, esa nación que personificó la poesía en Homero, la filosofía en Sócrates y la ciencia en Aristóteles, acostumbraba sacrificar un varón y una hembra el sexto día del mes Targelión, y Temístocles degolló dos mancebos para tener propicios á los dioses en la batalla de Salamina. ¿Y no mandaban las leyes de Licurgo el infanticidio? Todo niño que nacía débil ó mal conformado, debía ser expuesto y abandonado por sus padres.

Los romanos, los valerosos romanos, sacrificaban al miedo; y en cuanto á agüeros y supersticiones nadie les ha excedido: el tropezar en el umbral de la puerta, el derramar la sal y el encuentro de una culebra los aterraba; rociaban la entrada de las casas para que las hechiceras no hicieran mal de ojo á las nuevas esposas; enterraban serpientes bajo los cimientos y clavaban murciélagos en las puertas.⁴ Y ¿qué diremos de las leyes y usos que acerca de la esclavitud tenían esos mismos romanos, autores de las doce tablas ó razón escrita? El amo tenía derecho de vida y muerte sobre el esclavo. «Nuestros esclavos son nuestros enemigos,» decía Catón. Q. Flamínio, senador, hizo matar á uno de sus esclavos, sin otro motivo que procurar un espectáculo nuevo á uno de sus convidados que nunca había visto

1 Act. apost. vii, 22.

2 *Juvenal. Sát. 15.*

3 Aclaración sobre los sacrificios, al fin de las Veladas de San Petersburgo.

4 *Ovidio: Fastos. Plinio, etc.*

matar un hombre. Polión hacía arrojar esclavos á sus estanques para engordar murenas.¹

Las leyes del pudor se ven quebrantadas en algunas naciones de un modo que á nosotros nos parece incompatible con lo que entendemos por civilización; en Egipto se casaban los hermanos, en Persia aun padres y madres con sus hijos é hijas; pero ¿qué tiene esto de raro, cuando en Roma la sodomía llegó á ser una cosa tan natural como el comercio con la mujer propia, y cuando la ha cantado el dulcísimo poeta mantuano?²

Respecto á las leyes de los antiguos, he aquí lo que dice el sabio Goguet: «Se puede asegurar, en general, que las que las antiguas leyes penales fueron muy severas. Desde los tiempos primitivos se ve á Thamar condenada al fuego por adulterio, y se observa la misma severidad en las leyes de los egipcios, siendo también las de los chinos una prueba de lo dicho. Se debe decir lo mismo en las leyes de Moisés: la blasfemia, la idolatría, la violación del sábado, el sortilegio, el homicidio, el adulterio, el incesto, el estupro, la sodomía, la violencia contra los padres, todo era castigado de muerte y de una manera cruel. De las leyes de Dracón, uno de los primeros legisladores atenienses, se decía que habían sido escritas con sangre. Las leyes de las doce tablas, entre los romanos, están llenas de crueles disposiciones: en ellas figura el suplicio del fuego, el robo castigado de muerte, etc., y casi siempre la pena capital. Entre nuestros antecesores el suplicio de los criminales era ser quemados vivos en honor de los dioses.»³

En fin, respecto del uso que más nos puede repugnar á los modernos, de la antropofagia, no diré otra cosa sino que fué tan general como los sacrificios humanos, y que, como dice un escritor: «Nosotros somos descendientes de antropófagos.»⁴

Todavía descendiendo á tiempos más modernos, pudiéramos hallar tantos ejemplos para comprobar lo dicho, que llenaríamos un volumen. Sin embargo, baste agregar que los árabes, cuyo influjo es innegable en el adelanto de va-

1 Troplong ha reunido estos y otros hechos en su obra: «Influence du christianisme sur le droit civil des romains.»

2 *Virgilio.*

3 *Goguet. Origine des lois chez les anciens, tom. 1º, pág. 35.*

4 Diccionario de historia natural (París, 1816.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO